

## CAPITULO DECIMO.

## EL ULTIMO ANIVERSARIO.

## I.

El 6 de Julio del año de gracia de 866, se debía celebrar en todos los pueblos el cumpleaños de S. M. I., Maximiliano I.

La corte preparaba grandes fiestas, y sin embargo, había un decaimiento notable, que contrastaba con los pomposos programas, repartidos por las autoridades con anticipación.

Lució por fin el esperado día, y los primeros albores del sol fueron saludados por una salva de veintiún cañonazos, repique á vuelo y músicas militares.

Los vecinos de la gran Tenoxtitlán se levantaron presurosos á engalanar los balcones; notándose que en las casas de ciertos personajes, no aparecían odornos; lo que indicaba que estaba en menguante la luna del imperio.

El pueblo se agolpó á la plaza, en la que desde temprano había multitud de Ayuntamientos de los pueblos vecinos con cañaverales, banderas y retratos de SS. MM.

Un número considerable de músicas de los pueblos, tocaban en los diferentes puntos de la plaza, y se oían algunos vivas de los muchachos que retozaban en el átrio de la Catedral.

Aunque la Iglesia se había divorciado del imperio, comenzaron por quitar el retrato de los emperadores, que en sus arranques de servilismo y de barbarie había colocado en los altares, no por eso dejaba de darse aires de potencia en las festividades de la monarquía.

La archiduquesa había procurado humillar al clero en cuantas oportunidades se le presentaron, cobrándole su falta de galantería al rehusar sus preces al rey Leopoldo, muerto bajo la creencia protestante.

El clero católico tenía razón, porque los sectarios de Martín Lútero y de Calvino, no tenían entrada en el Reino de los Cielos, así es que de nada servían las oraciones. Para el clero católico, el rey de los belgas está irremisiblemente sentenciado el juicio eterno, y la alma de la emperatriz, predestinada al *tercer seno* de descanso de las ánimas.

No entraremos nosotros en cuestión tan intrincada, y dejamos al portero del cielo en el derecho de juzgar en demanda *sumarísima* el extravío del que llega á la portada de la entrada.

## II.

A las siete de la mañana, las personas que componían el gran séquito, estaban reunidas en el palacio imperial.

La princesa Iturbide, y las señoras grandes cruces de San Carlos, se encontraban en la sala de audiencia del Emperador.

Las otras personas en la galería de pinturas.

A las ocho de la mañana entró el primer secretario de ceremonias en la sala de audiencia, en la que se hallaba la emperatriz, y puso en su conocimiento que todo estaba dispuesto para la ceremonia.

S. M. Carlota hacía los honores en el cumpleaños de su augusto esposo.

La emperatriz, que estaba, como hemos dicho, en la sala de audiencias, se trasladó á la sala de pinturas.

El gran séquito formóse de la manera siguiente:

Secretario de ceremonias, oficiales de órdenes, oficiales de la guardia Palatina, capellanes honorarios de la corte, médicos, consultores, empleados inferiores de la corte, primer médico del emperador ayudantes de campo, caballerizos, chambelanes, generales de división, grandes cruces de Guadalupe, consejeros, ministros, presidentes del Consejo y ayudante de campo.

Después de estos personajes, seguía Carlota de Austria Emperatriz de México.

Vestía la soberana un riquísimo traje de gró blanco bordado de oro, y el manto de terciopelo escarlata ostentaba una cauda de más de dos varas.

Todo el manto se hallaba ricamente bordado de oro, con una franja de media vara.

Jamás se había ostentado el imperial busto tan alhajado.

Dos damas de palacio, elegantemente vestidas, la seguían inmediatamente.

A la derecha un poco más atrás, el gran chambelán, y á la izquierda el capitán de sus guardias.

Seguía la princesa Iturbide y las Cruces de San Carlos; y como una parvada de palomas, las damas de honor y las de palacio.

La comitiva salió por la puerta del centro de palacio, y emprendió su marcha á la Catedral sobre un tablado cubierto de alfombra, que atravesaba por la plaza hasta las puertas de la Metropolitana.

En pos de aquel séquito, seguía la guardia Palatina y la servidumbre del palacio, mozos de escuela, caballerizos, picadores, lacayos, ugieres, ayudas de cámara y toda esa turba.

multa que consume cuantiosas sumas del erario de las monarquías.

Al llegar los secretarios de ceremonias al primer compartimiento de la galería de Iturbide, un destacamento de la guardia Palatina bajó por la escalera del emperador.

Otro destacamento se colocó á derecha é izquierda de la emperatriz: una tercera sección de tropas cubría la marcha de la procesión.

### III

La guarnición de México estaba formada en la Plaza de Armas; y al avistar á S. M., las tropas presentaron las armas, batieron marcha, y las músicas tocaron el Himno Nacional.

La emperatriz esperaba ser saludada con aclamaciones por el pueblo.

El pueblo permanecía en silencio.

Educada esta generación en las prácticas republicanas, ignoraba las falsas ceremonias de las monarquías, esa obligación impuesta á los súbditos de victorear á sus soberanos cuando se dignan aparecer en las pompas oficiales.

Nuestro pueblo no se encuentra á tanta altura.

Ni un sólo individuo se tocó el sombrero á la presencia de Carlota.

La orgullosa princesa tiró una mirada de ira sobre la multitud, y aligeró el paso para llegar á la Catedral, donde su instinto religioso le decía que era una profanación.

### IV

A todos los funcionarios públicos que no formaban parte del séquito, se les había prevenido estuviesen en la iglesia desde las siete de la mañana en el apartado sitio que se les había destinado.

La valla de la tropa se prolongaba en el interior del templo hasta detrás del altar mayor.

Al llegar á la puerta del centro de la Catedral, la guardia Palatina se dirigió al interior; la servidumbre se quedó fuera formando valla al paso del gran séquito, y entró en un tumulto después de él, seguido de una avalancha de mujeres que son más interesadas en esta clase de diversiones.

### V

La emperatriz fué recibida por el arzobispo y el cabildo metropolitano.

El agua bendita le fué presentada por el primado de la iglesia mexicana.

Al llegar al altar, Carlota se dirigió al trono que estaba colocado del lado del Evangelio.

El arzobispo celebró misa pontifical.

Concluida la ceremonia se cantó el Te-Deum.

La emperatriz, acompañada del clero, salió de la Metropolitana, y ya con visibles síntomas de desagrado, tornó á los salones de su palacio.

Descansó un momento, limpió el sudor de su frente, enjugó al disimulo algunas lágrimas derramadas por la ira, y se trasladó al salón de Iturbide, donde colocada frente al trono, recibió las felicitaciones en nombre de Maximiliano.

El presidente del consejo de Maximiliano, se adelantó con respeto, y dijo con voz compungida:

—Señora, tengo el honor de presentar á V. M. la felicitación de los funcionarios presentes en este lugar, por el aniversario del nacimiento del emperador.

Cuando hace dos años, recién llegado el soberano á México, celebraba este día, expresaba sólo sus deseos y sus esperanzas en el porvenir.

Ahora que el tiempo le ha dado la experiencia del patriotismo entero de VV. MM. y de su entera consagración á su nueva patria México, expresa su fé de que el imperio de Maximiliano I y la alianza de la Francia, son el progreso, la libertad y la independencia nacional.

Nuestros votos por la conservación y la prosperidad del emperador, á la vez son votos de reconocimiento, y votos por la conservación y la prosperidad de nuestra patria.

Y vos, señora, que os habeis asociado tanto á esa obra de regeneración social, y que habeis dado tantos consuelos á la desgracia, recibid también en este momento nuestra felicitación y nuestra gratitud."

Carlota había manifestado cierto desdén en algunos pasajes del discurso, estaba contrariada, molesta, irritada; al oír la alianza de la Francia, se había sonreído con desprecio.

Luego que el presidente del ministerio hubo concluido, la emperatriz dijo con voz vibrante y altanera:

—Señor ministro, señores:—Me es grato recibir vuestros votos á nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mía no tienen otra mira que vuestra felicidad.

## VI.

Toda aquella turba palaciega, desfiló silenciosa y humillada delante de la majestad de Carlota de Austria.

Luego que se encontró la emperatriz en su aposento con sus damas, se echó á llorar con desesperación.

Formaba gran contraste esa aflicción, con el ruido de las salvas y la armonía de las bandas y músicas que recorrían la ciudad.

Las damas se rodearon de su señora, sin atreverse á aventurar una sola pregunta.

—Amigos míos, les dijo suspirando; os he ocultado un secreto hasta ahora, por no apesadumbraros.

Las damas se acercaron.

—Negocios de sumo interés para nuestra patria, me obligan á partir para Europa.

Las fieles compañeras de aquella mujer privilegiadamente infeliz, comenzaron á llorar.

En la corte de Francia, hubiera sido una comedia aquella escena verdaderamente triste.

En nuestro país, donde el sentimiento es profundamente delicado, donde el corazón se manifiesta en toda su ternura y delicadeza, aquello era un paso verdaderamente conmovedor.

Carlota dirigía la palabra con un acento íntimo de ternura.

—Acaso, decía, os he molestado algunas veces sin intención, yo os pido me disimuleis, nunca ha estado en mi ánimo el hostigaros.

Las damas seguían llorando en silencio.

La joven princesa abrazó una por una á sus damas, besándolas en la frente.

Aquel día fué de tristeza profunda y de abatimiento.

La emperatriz eligió entre las damas una que la acompañara en su viaje á Europa.

Aquella estancia, otra vez asilo de la alegría y del encanto, quedó desierta para siempre.

## VII.

A los dos días, los periódicos de la capital anunciaban que S. M. la emperatriz había emprendido un viaje á Francia, pa-

ra arreglar personalmente con el emperador Napoleón, los asuntos relativos á México.

La noticia fué un síntoma de mal agiero para la monarquía.

Todos los ánimos quedaron vacilantes, y la revolución cobró nuevo aliento, alzándose como un coloso de hierro, que á su empuje formidable haría rodar á sus pies el trono de Maximiliano I.

## CAPITULO UNDECIMO.

## LAS GOLONDRINAS DE LA REVOLUCION.

## I.

El día 7, á la madrugada, salió de la capital la emperatriz Carlota acompañada de la señora Gutiérrez Estrada y de un chambelán.

El telégrafo había prevenido á las escoltas del camino, estuviesen al cuidado de la imperial viajera, que hundida en la mayor affixión, abandonaba el recinto de sus glorias, para tornar á la ingrata Europa, donde probablemente encontraría su tumba.

En la soledad del camino, recordaba la joven princesa aquella ovación recibida dos años antes, en los mismo sitios que atravesaba en medio del silencio de la soledad.

La emperatriz se resentía de su educación; acostumbrada en las cortes europeas á viajar llena de atenciones y miramientos aun cuando fuese de incógnito, sufría horriblemente al verse obligada á transitar por las vías desiertas de América, abandonada á lo sombrío de su situación.

Aquella alma grande, aquel espíritu animoso, dominaba el infortunio: y orgullosa y sufrida, atravesaba las calientes arenas de ese camino que la llevaba al punto final de su peregrinación.



## II.

A pesar del incógnito que la fatalidad le obligaba á guardar para no descubrir ese paso atrevido, pero que revelaba la crisis política, su orgullo de raza arrancó el antifaz y se mostró á los pueblos y ciudades que salían á recibirla con arcos de triunfo.

Al arribar á Veracruz esperó la llegada del Paquete, abrió la correspondencia europea y la de los Estados Unidos.

La situación se hacía más negra hora por hora.

Entre las cartas, había unos despachos dirigidos á los republicanos de la capital. Carlota los hizo poner en la baliya de su correspondencia, y los remitió al ministro de Gobernación para que la ley cayese sobre la cabeza de los revolucionarios.

Escribió sus últimas instrucciones al emperador, y tomó pasaje en el paquete francés, ordenando que el "Dandolo," que ya había encendido sus calderas, le sirviese de escolta en las aguas del Atlántico.

Entró resuelta en la barquilla que debía conducirla á bordo de la "Emperatriz Eugenia," y en alas del vapor, como un pájaro del océano, se lanzó en las aguas tumultuosas del Golfo: dejó atrás á las Antillas, y entró en ese mar tempestuoso cuyas ondas van á confundirse allá en los límites del horizonte, en las inquietas aguas del Mediterráneo.

## III

La emperatriz se había embarcado el 13 de Julio. Esto era de mal agüero.

Hay cerebros supersticiosos, almas que creen ver en los celajes, en el viento, en las estrellas, y aún en las nubes; cifras misteriosas que revelan el porvenir.

Esta superstición agorera suele corroborarse con hechos casuales, que hacen aumentar la creencia del misterio.

Los franceses tiemblan ante el número *trece*, lo mismo que los alemanes sueñan con los *trasgos* y las *damas negras*.

Ninguno de esos hombres se sienta á la mesa cuando hay *trece* individuos; aseguran que la muerte se cierne sobre aquella fiesta y amenaza precisamente á alguno de los circunstantes.

Los españoles ponen cuidado en el color de las palomas, en el crujir de la madera, en los cristales que se quiebran casualmente, y todavía hay en los pueblos de la península ibérica, mujeres que recorren las ciudades *echando las cartas*.

En España raro es el que se embarca ó se casa en *martes* es un mal día.

Los indios de nuestra tierra tiemblan cuando el *tecolote* se posa en los techos de los jacales, y lo ahuyentan á pedradas. Hay una especie de copla que pasa por adagio entre los indios:

El tecolote canta  
Y el indio muere;  
Ello no es cierto,  
Pero sucede.

Hay tradiciones populares que hace algunos años pasaban por verdades, y aún hoy entre la clase ignorante de indígenas á cuyos pueblos no ha llegado el aliento de la civilización.

Un indio no diría ni en el potro del tormento; "*reniego de las brujas*."

Entre los indios hay la preocupación de que ciertas gentes *hacen mal*, y no ha muchos años en uno de los pueblos de las cercanías, se halló que una mujer, hacía muñecos de trapo y los atravesaba con espinas de maguey, ora en el corazón, ora en cualquiera parte del cuerpo, para que la persona á quien representaba se enfermase de la parte atravesada por la espina.

La hechicera creía que la dolencia no cesaría hasta que ella quitase al muñeco la espina.

Para que la bruja no venga á la choza á chupar la sangre al niño, ponen la escoba junto á la cuna.

Todo este cúmulo de tradiciones supersticiosas, restos de la barbarie antigua, propagada por los frailes que han hecho creer en las apariciones de los muertos y de las imágenes, se va alejando á medida que el sol de la ilustración va penetrando en esas chozas abandonadas á la ignorancia y la idolatría.

La Francia va á vanguardia de la civilización, y no obstante, conserva algunas cosas como la del *número 13*, que no hacen honor á su cultura.

Sea de ello lo que fuese, el caso es que Carlota de Austria había salido en día aciago del territorio mexicano.

Franceses y alemanes estaban influenciados por el fatalismo de la coincidencia.



## IV.

La correspondencia de Carlota llegó á la capital el 14 de Julio.

En la misma noche y al día siguiente se efectuaron las prisiones de los individuos á quienes aludía la correspondencia traída por el paquete americano, y las de otros por sospecharse adictos al general Santa-Ana, astro apagado en el cielo de la política.

Entre los presos había un ministro honorario del emperador, hombre que jamás cejó en sus principios conservadores y quien había perdido sus rivales en el ministerio de relaciones.

Aquel individuo y los generales santanistas eran exóticos entre ese turba de jóvenes republicanos que yacían en los calabozos de la prisión austriaca.

A un capellán de Santa-Ana lo llevaron moribundo al calabozo, no pudo marchar al destierro, su viaje estaba ya determinado próximamente á la eternidad.

A los pocos días murió el cura Ordoñez, soñando en el arzobispado de México.

La entrada del ex-ministro á la cárcel tuvo su novedad.

Señor, decía á los austriacos, han incurrido en una equivocación, yo no soy la persona á quien debe aprehenderse.

El austriaco vió la lista.

—¿No es usted Miguel Arroyo?

—Hay dos Migueles; yo soy José Miguel.

Precisamente, respondió el austriaco: entre usted al calabozo.

— Soy ministro honorario del emperador.

—Entonces no hay duda, que lo encierran.

Arroyo tenía razón, jamás pasó por su cerebro la idea de que pudiera encerrársele en compañía de los hombres del partido avanzado de la revolución republicana.

Era la primera vez que se encontraba á su lado.

Parece que una carta dirigida á Almonte, en la que trataba mal á Maximiliano y que fué interceptada, motivó la prisión del ex-ministro.

## V.

Una jaula de pájaros no hubiera estado más alegre que la cárcel austriaca, con tanto joven de buen humor que veía acercarse violentamente el fin del imperio.

Tanta hilaridad tenía asombrados á los carceleros.

—Disimule usted, caporal, dijo un abogado joven, pequeño, con ojos de centella y semblante atrevido y audaz, ¿fuma usted un puro habano?

El austriaco, acostumbrado á mascar un tabaco endiablado, se lanzó sobre el puro con avidez.

—¿Y no pudiera usted, continuó, llevar á los compañeros estas botellas de coñac?

—Está prohibido.

—Si una es para usted.

—Está bien, y fué repartiendo coñac en todos los calabozos.

A pocos momentos se oyeron cantos y carcajadas en los separos.

Dos días de broma y frasca se pasaron en la cárcel.

El intérprete fué llamando uno á uno á los presos y notificándoles en la alcaidía que se les daban cinco minutos para hablar con las familias y arreglar el viaje, porque á las tres de la mañana del siguiente día marcharían para Yucatán.

—Hubo algunos momentos de trizteza en la hora de la despedida, pero pronto renació el buen humor y siguió la broma con más escándalo.

Los austriacos no comprendían aquello.

Las puertas de los calabozos se abrieron, todos los presos se comunicaron, excepto el autor de estas páginas á quien tuvieron encerrado hasta el último momento, de orden del barón de Tindal, jefe de la gendarmería.

Ese hombre se vengaba de varias letrillas satíricas publicadas en el festivo periódico de la *Orquesta*.

Entre los presos se hallaba el *Nigromante*, esprimiendo en cada palabra el veneno de la sátira.

El *Nigromante* tiene por lengua una cola de alacrán; al que pica lo deja muerto ó convulso por mucho tiempo.

El jefe de aquella turba republicana era un anciano de barba que le llegaba á la cintura en hilos de plata.

Todos lo rodeaban y le llamaban *papá*.

Cuando se creía que de sus labios iba á desprenderse una sentencia, salía un chiste de buen gusto; y es que *papá Zamacona* es un hombre de mucho talento y de un ingenio particular para las bromas.

Visto lo que era el *papá*, omitimos hablar de los hijos.

Toda gente de carrera profesional es insubordinada, maldiciente y bulliciosa.

Sonó la hora de la partida.

Los presos fueron llamados uno á uno por lista y preguntados si llevaban armas.

—Yo tengo una pistola, dijo un joven general que es una

especie de Hércules, capaz de ahogar à un amigo en un arranque de entusiasmo.

Los gendarmes le intimaron entregase el arma.

Entonces el general sacó una botella de coñac.

—No venimos á bromas, dijo el jefe; y mandó que desfilasen los presos.

En la puerta de la cárcel había dos carruajes.

Los presos entraron en ellos.

—¿Ya no falta nadie?

—Sí, dijo el abogado chiquitín y travieso, falta mi equipaje y mi paraguas.

Los equipajes fueron puestos en los carruajes.

Entonces el ayudante francés levantó la voz, y tomando un tono trágico de proclama, dijo:

—¡Conductores! seguiréis á la escolta de caballería sin desviaros y obedeceréis en todo al jefe que la manda.

El abogado en cuestión, respondió à la orden del ayudante francés con un maullido de gato.

Prisioneros y custodios soltaron la carcajada.

Un destacamento austriaco se puso á vanguardia, otro á retaguardia; en los pescantes de los carruajes soldados franceses, y dentro de cada coche un oficial y un cabo armados de punta en blanco.

Sonaron los latigazos de los conductores: partieron los caballos y todo aquel séquito se perdió entre las últimas sombras de la noche.

## VI.

No nos detendremos ante los episodios de esa marcha, que más bien parecía un viaje de recreo, hasta llegar á Paso de Machos, donde comienza el ferrocarril que va para el muelle de Veracruz.

Un destacamento de argelinos recibió en ese pueblo á los presos.

La escena cambió por completo.

Aquellos negros son terribles, no permitieron salir de los trenes á los presos, en ellos pasaron la noche.

Al amanecer, y sin haber tomado una taza de té, comenzó el viaje á Veracruz.

En el lugar llamado el "Camarón" el camino estaba interrumpido.

Las lluvias habían sido terribles.

Un lodazal inmenso cubría la vía férrea y el camino carretero.

Los egipcios intimaron á los presos que el viaje lo harían á pié, por no haber otro medio de transporte.

Caminar entre aquel lodazal y á la acción de un sol abrazante y en la zona del *vómito negro*, era encontrar una muerte segura.

La caravana se puso en marcha arrojando tanta dificultad.

Hubo vez que los soldados franceses, compadecidos de ver al anciano Zamacona, lo echaron á sus espaldas como un hijo que carga á su padre en los pasos riesgosos del camino.

Una casualidad hizo que pasase un atajo de mulas que iba por carga á un lugar inmediato.

Uno de los prisioneros dió una señal masónica al dueño de los animales.

Inmediatamente puso sus bagajes á disposición de los desterrados.

Allí hubo una escena cómica.

El general de la botella de coñac, trepó animoso sobre una mula arrogante; ésta que no había sentido en sus lomos más que el peso de una carga, comenzó á reparar y dió en el lodazal con el jinete.

El pobre general se empeñaba en hacer creer que él voluntariamente se había dejado caer.

La caravana aplaudió la primera caída.

Siguió otro compañero y tocóle la misma suerte. ¡Cosa rara! dió la misma disculpa.

Los prisioneros, á la vista de esa catástrofe, se retrajeron.

Entonces el chiquitín de los ojos de fuego rogó que lo subiesen sobre una mula furiosa.

Mantuvóse quieto el animal.

Entonces todos eligieron la bestia que les pareció más mansa, y echaron á andar en medio de los argelinos.

Esos negros infames tenían orden de fusilar á los prisioneros luego que se avistase la primer guerrilla.

Era pintoresco ver aquellos desterrados atravesar las veredas como una caravana de peregrinos en los desiertos de Africa.

## VIII.

Luego que llegaron á la Soledad, entraron en el tren que partió violentamente hasta dejarlos en las orillas del Océano.

Fueron trasladados inmediatamente en una miserable barca á los calabozos de Ulúa.

El 25 de Julio al amanecer, partió "La Rosita" á las costas de Yucatán, llevando á bordo á esa juventud cuyo acento se deja oír con entusiasmo en la tribuna republicana.

Aquella turba juvenil era la parvada de golondrinas que enunciaba la primavera del triunfo revolucionario.

## CAPITULO DUODECIMO.

### UN RECUERDO.

En la fortaleza de San Juan de Ulúa, que está situada á un tiro de cañón del puerto de Veracruz, hay un calabozo que encierra la tiernísima memoria de un escritor mexicano.

La ira de los invasores vino á descargarse con la fuerza del rayo sobre aquella frente donde ardía una imaginación de poeta, manifestación luminosa del aliento de Dios sobre el mezquino sér humano.

Florencio Castillo, el autor de *Hermana de los Angeles* y de *Agonías del Corazón*, había tenido como todo hombre de genio, una existencia llena de vicisitudes.

En los labios de Florencio Castillo no apareció nunca el pavor asqueroso del dictorio, ni su corazón latió á impulsos de la venganza.

Aquella alma toda era paz y mansedumbre.

Sus composiciones son el espejo donde se refleja esa alma que hoy reposa en el seno de Dios.

Los franceses enviaron al escritor republicano á las masmorras de San Juan de Ulúa.

Florencio Castillo fué encerrado en un calabozo donde le atacó el vómito.

Fué después trasladado al hospital de Veracruz.

Atravesaba en una camilla cuando el mariscal Forey salía del territorio nacional.

Víctima y verdugo estuvieron frente á frente, como lo estarán más tarde en presencia de AQUEL que mide en su balanza eterna los crímenes humanos!

Florencio Castillo murió en el hospital, ignorado, en el abandono, en la obscuridad. Su cadáver fué sepultado en la fosa común.

¿Quién podrá hoy tomar uno de aquellos cráneos que yacen hacinados en el cementerio de Veracruz, y decir con certeza: "Aquí pensó Florencio del Castillo."

Este nombre que no está grabado en una piedra fúnebre, lo guarda la nación en el álbum de sus recuerdos patrióticos, y la literatura lo ciñe de laureles y siemprevivas!

## CAPITULO DECIMOTERCERO.

### UNA CANCIÓN POPULAR.

#### I.

La noticia del viaje de la emperatriz se anunció en los ángulos todos del territorio, como por un telégrafo subterráneo.

Llegó á las montañas, donde fué recibida como el anuncio de una era nueva que traía en su aliento las auras de la victoria.

No obstante, la situación era todavía muy crítica.

El último empuje de las fuerzas imperiales había arrollado á los insurgentes, á quienes ya les faltaba el aliento en esa lucha perenne en que la sangre de sus arterias inundaba los campos de batalla.

Los destierros en masa, los fusilamientos, las prisiones, todo se alimentaba de la revolución.

Ya el brazo de los opresores desfallecía á tanto golpe.

La idea gloriosa de la independencia, se alzaba del vapor de la sangre; de las tumbas removidas; de las cenizas de los republicanos lanzadas al aire de los desiertos.

Un paso más sobre ese lago de sangre; un sacrificio más sobre la hoguera humeante del sufrimiento; una gota más de hiel á los labios del sentenciado sobre el madero de la revolución, y la patria estaba salvada!

#### II.

Estamos en las agrupadas montañas de Michoacán.

El mónstruo de la tempestad se ha alejado del horizonte donde se escuchan sus últimos bramidos.

Las estrellas comienzan á aparecer en el fondo del cielo como las luciérnegas del vacío.